

Federico Romero Portilla

Traductor, revisor y corrector

Cristina Márquez Arroyo*

Junto con Alberto Gómez Font, Antonio Calvo Roy, Berna Wang, Héctor Quiñones, José Martínez de Sousa, Lucía Rodríguez Corral, María Barbero, Xosé Castro y Zedelka (César Espinel del Castillo)



«La gente tiene esa maldita costumbre de morirse...»
(Berna Wang)

From: Cristina Márquez Arroyo Date: Fri, 27 Jan 2012 00:53

>Fede!!! ¿Qué estás haciendo ahí a estas horas? Que yo esté aquí, vaya y pase, pero vos... no sé.

From: Federico Romero Date: Fri, 27 Jan 2012 04:56:17 +0100

>Pues... esperando a que llegue *Panace@*... 😊

Ese era Federico Romero Portilla, el corrector de *Panace@*, nuestro querido Fede, que se nos fue el 19 de septiembre sin previo aviso. Emprendió el camino una vez más, pero ya no regresará con un nuevo mapa de los senderos recorridos. No habrá más fotos ni relatos para sus amigos, y tendremos que imaginarnos esos sitios por los que el que fuera avezado andarín se ha echado a caminar ahora.

Esta semblanza, en su *Panace@* que tanto le debe y a la que dedicó tantas horas de su vida, hasta las últimas, pretende ser un homenaje sincero a un profesional cabal, pero especialmente a un ser humano extraordinario. Generoso como nadie, verdadero amigo de sus amigos, discreto, respetuoso, cariñoso, afable, magnífico en toda la extensión de esta palabra.

Fede había nacido en Madrid, donde estudió Filosofía en la Universidad Autónoma. Fue traductor, revisor y corrector

de textos al que no se resistía ninguna errata, y también un narrador extraordinario, de esos pocos que tienen el don de mantener al lector con la vista fija en el texto, para no perder detalle de su prosa, pero tan exigente consigo mismo que reservó casi todos sus escritos para el ámbito privado.

Cuando lo conocí, a principios de 1997 y a través de la lista Apuntes del Departamento del Español Urgente de la Agencia EFE, Fede era corrector y revisor de estilo del *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, revista oficial de la Fundación Francisco Giner de los Ríos, que se inscribía en una tradición cultural, social y política con la que tenía especial afinidad¹. También participaba en las listas Traducción en España e Hispania y, posteriormente, se incorporó a las MedTrad, Tremédica y UniCo (Unión de Correctores).

En Apuntes, Fede destacaba con sus contribuciones lingüísticas, brillantes tanto por la solidez de sus conocimientos como por su estilo mordaz y elegante, su incomparable sentido del humor y su fina ironía. Siempre creí que, dentro de ese extraordinario grupo de lingüistas y amantes de la lengua española, los miembros traductores éramos objeto de su predilección; no en vano fue uno de los pilares de las famosas tertulias del café Comercial de Madrid, desde la primera de ellas. Hoy, los *truchimanes* —como él nos llamaba—, sin habernos puesto de acuerdo, evocamos principalmente el placer infinito de las largas conversaciones con Fede, que nos permitían disfrutar de su cultura, su don de gentes y su saber escuchar.

En 2001, y en esas mismas tertulias del Comercial, entró en contacto con miembros de la lista MedTrad y empezó a colaborar informalmente en la corrección de *Panace@* a partir del número 5 de la revista, publicado en septiembre de aquel año. Quienes a la sazón nos ocupábamos de esa tarea no tardamos en reconocer que él lo hacía infinitamente mejor que nosotras y en cederle toda la responsabilidad. Sin embargo, no empezó a cobrar por su trabajo más que a partir del número 11, de marzo del 2003. Hasta ese momento colaboró *ad honorem*, al igual que con el primer número publicado con el patrocinio económico de Tremédica a modo de contribución con la incipiente asociación. Esto que se dice pronto no se hace tan ligeramente. En total, Fede revisó y corrigió 31 números, 3540 páginas, innumerables horas, muchas de ellas robadas al sueño, para ayudar a consolidar una publicación a la que *adoptó* estando esta todavía en pañales.

Recuerdo con qué generosidad ponía a disposición de todos y, en especial, de los *panaceicos*, sus profundos conocimientos de ortotipografía. No importaba la hora que fuera o lo cansado que estuviera, siempre tenía una respuesta para los

* Traductora científico-técnica (Nueva York, EE. UU.). Dirección para correspondencia: cristinamarquezarroyo@gmail.com.

legos que recurriamos a él con la confianza de que aclararía nuestras dudas:

Recién bajado del monte (y un momento antes de meterme en la cama), me entero de tus problemas con el espíritu áspero. Para que sepas reconocer una ípsilon con espíritu áspero y acento agudo, ahí va la imagen de una. El espíritu áspero es un diacrítico griego que indica que la vocal sobre la que aparece ha de aspirarse. Puede combinarse con el acento grave o el agudo, y aparece siempre a la izquierda del acento. Tiene la forma (según las distintas fuentes) de una media luna (menguante), una coma alargada o un acento agudo un poco cóncavo. En las fuentes buenas suelen aparecer vocales con los dos diacríticos encima.

En el año 2005, *Panace@* contó también con Fede como autor. Publicó en el número 20 una recopilación de «titulares inusitados» del diario *La Voz de Galicia*² y, en el número doble 21-22, un artículo en el que narraba con su humor inconfundible los sobresaltos del corrector al ir caminando por una calle del llamado «barrio de las Letras» de Madrid, adornada con citas de los grandes de la literatura clásica española³.

Del compromiso de Federico con los traductores y correctores como colectivo da fe su firma en el acta fundacional de la Asociación Española de Traductores, Correctores e Intérpretes (ASETRAD), donde se desempeñó como miembro de la junta directiva desde abril de 2011 hasta abril de este año, a cargo de las relaciones culturales y con universidades.

Tampoco le fue ajena la fundación de Tremédica; se involucró en ella desde el grupo de trabajo medtrad.org, en cuyos debates participó activamente con la claridad de ideas que lo caracterizaba. Como en todo proyecto que se precie, dichos debates no siempre resultaron fáciles. Fede fue entonces la voz afable y reflexiva, capaz de anteponer la argumentación al corazón, aunque a veces se le escapara un «Me dan los siete males con estas cosas...», cuando no un «Me asombra mi capacidad de decir perogrulladas altisonantes...», muy propio de quien era alérgico a las solemnidades.

Durante los últimos siete años, se desempeñó como consultor y corrector de estilo en Fundéu BBVA (<www.fundeu.es>) y, desde ese puesto, respondió a innumerables consultas lingüísticas, elaboró recomendaciones de uso y participó en diversos proyectos de la fundación, entre ellos la obra *Escribir en internet. Guía para los nuevos medios y las redes sociales*⁴.

Entre 2007 y 2012 publicó varias colaboraciones en *entre líneas*, revista de la empresa Red Eléctrica de España (<www.revistaentrelineas.es>), con los títulos siguientes:

- «El fenómeno de los libros de estilo» (2007)⁵
- «Las voces de la electricidad en el habla común» (2009)⁶
- «A vueltas con el libro electrónico» (2009)⁷
- «El oficio de difundir el español por el mundo (Instituto Cervantes)» (2010)⁸
- «Las piedras del español» (2012)⁹
- «¿Pero qué le estáis haciendo a mis palabras?» (2012)¹⁰

Fede poseía una vasta cultura, adquirida, según describe su amigo Antonio Calvo Roy, a base de ser «ratón de mil bibliotecas» cuando estas todavía no estaban a un simple clic de distancia. Su gusto por la literatura clásica fue el germen de deliciosas obritas en verso con las que honró a los amigos para los que coorganizó inolvidables homenajes, las famosas «Alias» de la lista Apuntes, uno de los cuales guardo entre mis más preciados tesoros¹¹. Entre tales obritas destacan las inenarrables instrucciones para llegar a Barcelona que publicó como preludio del homenaje que Apuntes dedicó a José Martínez de Sousa en julio del 2000, la denominada «Pepealia»:

Aquí dize de cómo ser llegados a la Cibtat Condal en las Grandes Fiestas de Ensalçación del Magistro Josepho Martínez de Sossa et de cómo conducirse nellas.

[...]

Et non vos comportades como enna lupercalia
Que envusco están fixados los ojos de la Galia,
Las Indias, el Xapón, la Germania y la Italia.
¡Non vayades xoder aquesta Pepealia!¹²

En la misma línea cabe mencionar otra pieza maestra, los *Loores de la Venturosa y Mui Esclarezida y de Cumplidas Prendas S.ra D.a Maria Barbero, Dicha Belarmino, con licencia eclesiástica*, que escribió con ocasión de la «Barberalia», celebrada en Valls (Tarragona) en el año 2003¹³.

Pero los *apunteros* no necesitábamos esperar a que verificara para disfrutar del ingenio de Fede. Sus crónicas de las reuniones son pequeñas joyas que continúan poniendo una sonrisa en nuestros labios, lectura tras lectura:

Pero la comida... ¡Ah, damas y caballeros!, eso son palabras mayores. Tras quemarnos en distinto grado la boca, llevados por la gula, gracias a unos choricitos a la sidra que nos trajeron como aperitivo, arrancamos con unos deliciosos espárragos verdes a la plancha con lascas de jamón de pato y bañados en un aceite de oliva estupendo (que revivió viejas discusiones sobre cuál es el mejor de la península); Lourdes se desmarcó con un revuelto de lo que la camarera llamaba «perros chicos» (perretxicos, senderillas... ciertas setitas, vamos), denominación que azuzó la agudeza de los comensales (en particular la de Antonio, que no deja irse viva oportunidad alguna de ejercitar su ingenio salaz).

Fede gustaba de la música, en particular de los tangos y las zarzuelas. Considerado como un «zarzuelero purista e intransigente», fue coautor, con Antonio Calvo Roy, de la «zarzuela mitológica en un acto y dos cuadros, uno corto y otro larguísimo» titulada *Al-Mostashí en Apunteria o El estro es cosa muy seria*¹⁴, cuyo estreno mundial tuvo lugar en noviembre del 2002

en El Escorial con motivo del homenaje *apuntero* a Alberto Gómez Font, y en el que Fede hizo el papel de Hechicero, muniendo de magnífica cabeza de alce, como atestigua la fotografía adjunta. Los lectores de *Panace@* sabrán apreciar el fino humor lingüístico que destila el delirante libreto.



Por último, no quisiera olvidarme de otra de las facetas del poliédrico Fede: la fotografía. Supo conjugarla hábilmente con su amor por la lengua en una sabrosa recopilación de textos callejeros que reunió en Flickr¹⁵ y que a buen seguro hará las delicias de nuestros lectores.

La partida de Fede es motivo de profunda tristeza para su familia y una ausencia irreparable en las asociaciones, los foros y las revistas con los que colaboraba. Entre los que tuvimos la suerte de conocerlo y la dicha de que nos llamara amigos deja un hueco que, como dijo el cantor, no lo puede llenar la llegada de otro amigo.

Por eso, esta semblanza, en la que solo he querido glosar la parte de la densa vida de Federico más relacionada con el mundo de la lengua española, termina con la voz de algunos amigos de ese mundo que compartieron con él muchos momentos inolvidables, y que ahora expresan lo que les ha salido del alma ante su partida, esta vez sin retorno. Otros han preferido mantenerse en el recuerdo silencioso y sentido. A todos, mi agradecimiento por haberme ayudado a escribirla, en particular a Laura Munoa. Sin su minuciosa revisión y corrección no me hubiera animado a publicarla.

De Alberto Gómez Font

Yo solo puedo decir que celebro haber fundado Apuntes porque gracias a eso conocí a Federrom y que celebro aún más haberlo recomendado para trabajar en la Fundéu, pues así pude verlo casi a diario durante los últimos siete años y aprender de él una y otra vez.

De Antonio Calvo Roy

Para atraer el recuerdo del querido Federrom permitidme que recurra, sin que corra el lagrimón, a pergeñar una estrofa aunque sea arte menor, aunque no sea zarzuela, aunque él lo hiciera mejor. Porque fue Fede poeta de muy diversa ocasión, siempre con humor discreto y siempre alegre y zumbón. De Gonzalo de Berceo los versos supo imitar con gracia y con donosura que no los había igual. Le dio también al romance, hay testigos clamorosos, para cenas, homenajes y otros eventos gloriosos. Incluso, y a cuatro manos, en bien sonada ocasión perpetramos cierto escrito y hubo representación; coros y danzas había, muy cerca de El Escorial, zarzuela de gran altura y de estruendoso final en la que, cual en la vida, dos eruditos lingüistas terminan en la cazuela y triunfa el bello simplista. Pero además de poeta, muchas otras perlas tiene el querido Federico que a la memoria me viene. Conocido ojo de lince y de águila sideral, no se le escapaba errata, comilla o punto final. Nada a sus ojos precisos escondíase en un texto; como corrector tenía agudo sentido sexto. Era andarín y era sabio, era discreto y amigo, era irónico y gracioso, amante del postre de higo. Ratón de mil bibliotecas,

moderno a la par que antiguo,
fotógrafo relator
de disparates contiguos
de vecinos del idioma
que a la lengua le atizaban
perpetrando barbarismos
que Fede coleccionaba.
En Flickr aún puede verse
esta herencia popular;
son retratos que retratan
a un tipo muy singular.
Ves el ojo y lo que ve
en cada fotografía,
porque también está él,
sintaxis y ortografía.
Allí estará para siempre
como está en el corazón,
que los tipos como Fede
no son gente del montón.
Su ingenio no ha perecido
no se nos fue de rondón;
recordaremos a Fede,
su bordón y su blasón.

De Berna Wang

Si trato de pensarle o escribir sobre él tengo el equivalente a un nudo en la garganta: se me enredan los dedos, se me encoge el alma. No consigo salir de los lugares comunes, tan manidos, y llegar al lugar de Fede. Quizá porque de algún modo aún me empeño en buscarle aquí, donde ya no está, y no me hago a la idea de que tengo que buscarle en otra parte.

De Héctor Quiñones

Conocí a Fede en el café Comercial, en la glorieta de Bilbao de Madrid, hace doce años —en el otoño de 1999, si no me equivoco—. A Izaskun, otra traductora madrileña que ahora vive en Washington, y a mí se nos ocurrió organizar una tertulia —para conocer a otros traductores y profesionales de la lengua— que convocamos en Traducción en España, un foro de internet —lo más parecido que había entonces a lo que ahora se llaman «redes sociales»—. Por medio de ese foro, y luego por medio de Asetrad, la asociación de traductores de la que Fede fue miembro fundador, conocí a muchos de los que estáis hoy aquí.

Fede fue, desde el principio, el alma de las tertulias del café Comercial. No había tema de conversación al que no aportase algún pedacito de su inmensa cultura, siempre de forma amable, alegre, natural y comedida. No quería ser protagonista, aunque lo era, siempre —eso sí— con discreción, en segundo plano. Si se hablaba de temas banales, Fede por lo general callaba, hasta encontrar el momento propicio para transformar lo banal en humor inteligente; o aportaba un dato sorprendente; o desviaba el tema de conversación, con elegancia y naturalidad, hacia otro de mayor interés... De mayor interés **cultural**, ya que a Fede lo que le interesaba era la cultura, se alimentaba de cultura. Bueno, y de *coca-cola light*. Si nos poníamos peligrosamente serios, Fede callaba y sonreía

—siempre sonreía— y no había forma de saber si intervendría para dejarte abrumado con su conocimiento y buen juicio o con su buen humor, generalmente ambas cosas... o si continuaría callando y sonriendo, esperando tranquilamente a que la conversación volviera a fluir por el cauce de la **tertulia** con mayúsculas —en sentido figurado, claro; Federico jamás escribiría nada con mayúsculas sin necesidad—.

Un amigo de mi padre, gran conversador, me dijo una vez —en el tono en el que se transmiten de generación en generación las grandes verdades— que en la vida hay pocas cosas mejores que una buena conversación. Federico, Fede, era **maestro** del arte de la conversación, incluso cuando callaba. Ahora lamento profundamente que haya callado para siempre.

Quisiera terminar con una pequeña anécdota: una vez, en un mensaje que envié a Fede, no recuerdo a propósito de qué, escribí la palabra «feliz» con tilde. Lógicamente, siendo una palabra aguda terminada en «z», no lleva tilde. Tremenda burrada la mía, al menos para un traductor. Pero Fede me corrigió de forma muy amable y con sentido del humor. Fede, amigo, me entristece que ya no vayas a corregirme más, pero ten por seguro que, en adelante, cada vez que escriba la palabra «feliz», o la vea escrita, con o sin tilde, me acordaré de ti... y sonreiré... pero te echaré muchísimo de menos.

Un fuerte abrazo.

Hasta siempre.

De José Martínez de Sousa

Lo peor que a uno le puede pasar es algo parecido a esto: un buen amigo tuyo se ausenta definitivamente hasta no se sabe cuándo y alguien te invita a decir unas palabras acerca de él, su trayectoria humana, su paso por este valle, la parte alicuota de vida que habéis compartido, las coincidencias y discrepancias que habéis tenido. En este momento uno desearía que nuestras conversaciones comunes hubieran sido más extensas e intensas, que hubiéramos tenido más puntos de encuentro y universos más amplios a la hora de juzgarnos. En el caso de Federico, por fortuna, cada conversación era un amplio artículo de enciclopedia, cada respuesta un tratado, cada duda un sinfín de palabras que clarificaban nuestras naturales ignorancias.

Conocí a Federico en la lista de distribución Apuntes, de la Agencia Efe, allá por los últimos meses de 1997 —si la memoria no me engaña—. Los dos gustábamos de los temas que allí se presentaban y trataban a cuerpo limpio por tirtios y troyanos. El ambiente era a veces sofocante. Los desacuerdos en relación con el lenguaje, que es lo que nos convocaba en torno a una gigantesca mesa latinoamericana a la que nos sentábamos casi trescientas personas de todos los pelajes, eran muy notables y atravesaban raudos los mares para pasar de un continente a otro. En muchas ocasiones los mensajes despedían chispas y se extendían en el tiempo. Había en esa inmensa mesa personas sabias y muy valiosas. Las había también que solo venían a informarse de la propiedad de una grafía. En realidad, la lista la habían fundado Pedro García Domínguez y Alberto Gómez Font precisamente para eso: para ayudar a resolver las dudas ortográficas y lingüísticas que tuvieran quienes se habían afiliado a ella.

Federico era un sabio. Todos recurriamos a él para resolver problemas de lenguaje y también de ortografía, ortotipografía y traducción. Nadie se apartaba de él sin haber resuelto su problema.

Era un hombre prudente y de paz. Sabía qué suelo pisaba y qué puesto ocupaba en aquella parte del universo en que había ido a recalar a lo largo de sus años. Tenía también su genio, pero nunca perdía la compostura. Nadie le daba la espalda con rencor.

Yo, que lo tuve sentado a mi mesa y que más de una vez cambié impresiones con él acerca de esto y aquello, sé que, lamentablemente, he perdido a un gran amigo y que esta pérdida es irreparable. Sé, también, que conocerlo y compartir con él algunos de los días en que hemos coincidido son un privilegio que la vida me ha reservado, privilegio que agradezco profundamente.

De Lucía Rodríguez Corral

A Federrom lo recordaré siempre como una persona risueña y discreta, que tenía la palabra justa en el momento preciso. Tenía la virtud de saber administrar su gran sabiduría sin dar lecciones aunque, al mismo tiempo, era inevitable aprender siempre algo de él. Cuando pienso en Fede, me resulta imposible no pensar en su inseparable amiga Laura Munoa, ese ángel de ojos inmensos. Formaban un tándem perfecto de inteligencia, humor, discreción, sabiduría y dulzura. Fede y Laura, Laura y Fede. Son dos nombres que, para mí, siempre sonarán juntos.

De María Barbero

Virtualmente, yo a Federico lo conocí en el año 1997. Coincidimos en aquel foro primigenio que era Apuntes, la lista de correo de la Agencia EFE en la que se planteaban y discutían —algunas veces incluso se resolvían— dudas lingüísticas sobre la lengua española. La confraternización en esa lista daría lugar a que nos conociéramos en persona años después con ocasión de alguna reunión *apuntera*, y a que coincidiéramos con frecuencia posteriormente en las festividades conmemorativas y en las *alias* que se organizaban, ya fuera como homenaje a algún miembro del grupo o simplemente como encuentro lúdico en el que bromear y determinar en sesudas y largas disquisiciones cómo se pasaba por la quilla al personal en los galeones piratas.

Tras haberlo tratado durante tantos años y en tantos foros —porque a Apuntes y a la vida misma les siguieron agrupaciones profesionales como Asetrad y Tremédica—, a la hora de definir su carácter aprovecho que existe una palabra sucinta, elegante y de rancio cuño —todo ello muy del gusto *federicense*, me parece a mí— que me viene como anillo al dedo para describir a Federico: bonhomía. Todo él era un ejemplo de bonhomía andante. Fede era de natural cortés y cordial. Con conocidos era discreto sin sosería, y con amigos era servicial y afable, sin exageraciones y sin cursilerías. Lo recuerdo medurado y nada dado a aspavientos, y con un sentido del humor tan agudo y, al tiempo, arropado de buena educación que a mí se me hacían imposibles dos cosas: dejar de reírme con sus comentarios jocosos y tomar a mal cualquiera de sus pullas afiladas bien traídas.

Federico sabía de todo más que yo —aunque probablemente, Fede, si estuviéramos ahora platicando en Apuntes intentaría yo implicar que en temas zarzueleros andamos tú y yo a la par, en vano esfuerzo por lucirme un poco—. Él sabía, además, explicar de forma certera y sencilla, como un buen maestro. No lo conocí nunca enfadado por naderías, ni agresivo ni irritado durante las trifulcas que solían producirse en nuestra temperamental lista de correo. Sabía sacar punta con buen talante hasta de las más enconadas situaciones, y tenía la capacidad de burlarse con elegancia suma de la ridiculez de los que se tienen por sabios. Creo que todos los miembros de Apuntes presentes en aquel momento recordaremos siempre aquel mensaje suyo en el que, tras evaluar mesuradamente la postura académica ante la voz *cederrón*, firmó por primera vez con aquel Federrón que se convertiría en su alias in sécula seculórum.

De la lista de sus habilidades de maestro y hombre culto, a mí las que me prendaban eran las referidas a la cultura popular coplera: empezando por los cantares de ciego, las versificaciones diversas y —repito— la zarzuela, Fede era enciclopédico en sus conocimientos textuales del romancero, y se manejaba de maravilla componiendo versos de cualquier metro y rima. Además de ser capaz de soltarse de viva voz y recitar sin empacho tiras larguísimas de poemas populares, podía pergeñar él solito las más inauditas composiciones. Como un Lope peregrino y *apuntero*, sabía improvisar endecasílabos como quien se rasca el colodrillo, y coqueteaba con trovos, coplillas, sonetos o versos de pie quebrado sin despeinarse el bigote. Como oro en paño guardo unas coplas de ciego apócrifas que me recitaron Federico, Izaskun y Cálvez en un día de julio de 2003, que son ejemplo fino de su saber hacer coplístico.

Voy a echar de menos a Federico. Echaré de menos su forma de escuchar y mirarte a la cara cuando le estabas explicando algo durante una cena. Echaré de menos el poder consultarle detalles de ortotipografía y aguardar a su respuesta sólida y fundada como una moza católica del XIX aguardaba la absolución tras la reja del confesionario. Echaré de menos poder preguntarle cómo se llamaba el personaje secundario tal de la zarzuela cuál —porque de él me fiaba yo más que de internet—, sus contestaciones certeras y el buen humor que derrochaba. Echaré de menos poder confabularme con él y con otros para preparar homenajes y saraos. Echaré de menos, con todos los que lo conocimos, al buen hombre que se nos ha ido.

Te guardamos en el recuerdo. Y, como virtualmente nos conocimos, virtualmente te conservaremos siempre sentado a la sombra bajo un árbol de Valdeavellanos, Federrón. Espéranos allí hasta que vayamos a sentarnos contigo.

De Xosé Castro

Fede era un intelectual, con el que daba gusto conversar y quedar, y era algo que esperabas con ganas, como ocurre con los hogares bien encendidos, con las playas al ponerse el sol y con los momentos de silencio con amigos.

Me arriesgo a decir que siempre que he quedado con él he aprendido algo... alguna cuestión sobre lengua, sobre cultura, alguna referencia o lectura recomendable. En este mar de banalidades por el que a veces navegamos, Fede era un farallón.

Cuando dábamos clases juntos, nos complementábamos; él tenía todo aquello de lo que yo carezco.

De Zedelka (César Espinel del Castillo)

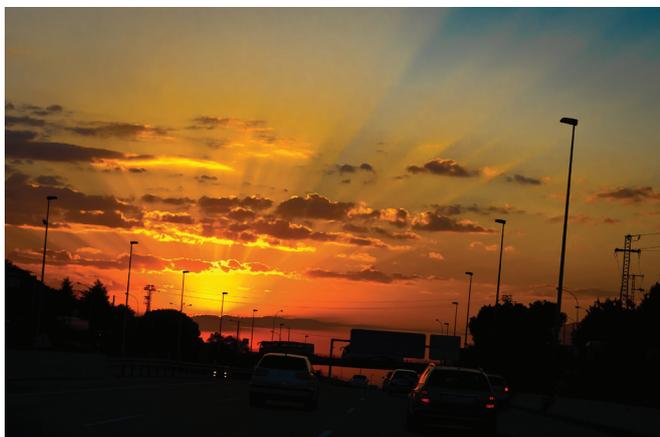
1

¡No puede ser! Y tras la sorpresa: el dolor, la conmoción y el vacío que deja la partida de un amigo. Después, la aceptación serena de la realidad.

Me fui a dormir ya que no podía asistir al velatorio y al día siguiente, con las estrellas aún refulgiendo con fuerza, emprendí el viaje a Madrid. Fue un viaje que recuerdo como hermoso atravesando la noche por agrestes paisajes lunares, fértiles dehesas de encina y barbecho y tupidos bosques de pino y roble. Era relajante surfear la sinuosa carretera comarcal dejando atrás los postes y los cotos como deja uno atrás, a partir de cierta edad, los meses y los días; conducir, observar, tener presente lo que es la vida, dejando también que el pensamiento vagara libremente ensimismado en el recuerdo.

Al coronar el Alto de El León —o de Los Leones— de la Sierra del Guadarrama, la luz del sol empezaba a anunciarse tímidamente a lo lejos en el horizonte de la capital para luego, a la altura de Las Rozas, empezar a desgarrar con parsimonia las alargadas nubes mientras se izaba lentamente, majestuoso e irresistible, entre ellas.

Cogi la cámara y disparé varias veces para registrar esos momentos casi mágicos.



© César Espinel del Castillo, 2012.

Con Federico, además del gusto compartido por el lenguaje o la naturaleza, tenía pendiente hablar de fotografía. El último mensaje que intercambiamos fue precisamente con motivo de unos paisajes soberbios de Ansel Adams. Pensé también en cómo estarían viviendo esas horas previas las personas más cercanas a él cuando, sin previo aviso, *oí* que me decía: «Dale la foto de la tórtola y dile que no se entristezca, que estoy vivo en su corazón». Me quedé atónito y admirado de la nitidez y limpieza con que resonó su voz en mi cabeza, aunque hoy ya no sepa si desgranó las palabras linealmente en el tiempo o fueron proyectadas simultáneamente en sincronía con la imagen mental de una fotografía tomada haría unas semanas y en la que aparecía

la última rama, ya seca, de la copa de un nogal recortada sobre un inmenso cielo azul. El nogal que crecía junto a la noria.

Un poco después, unos kilómetros más tarde, en la Sacramental de San Justo, la luz blanca y franca de esa mañana recortaba con precisión los cipreses y la piedra y proyectaba sus sombras sobre la húmeda tierra otoñal.

2

Si sabemos aprovechar el estado de reflexión e introspección al que nos arrojan hechos de esta naturaleza, podríamos observar el mundo que se despliega ante nosotros con una mirada renovada, con ojos nuevos, teniendo presente que por definición lo vivo está en continuo cambio y que quizás, probablemente, hoy estemos juzgando y sentenciando con una mirada vieja lo que ya no es aunque hasta hace poco fuera.

El dolor, la muerte, el tiempo, ¿sabemos contemplarlos en silencio?, ¿objetivamente?

La Residencia de Ancianos estaba en las afueras de Salamanca, en el lugar que llaman de los Arapiles y donde se libró la batalla de tal nombre en la denominada Guerra de la Independencia. Rodeado de extensos jardines, el magnífico edificio renacentista de piedra caliza presentaba su fachada señorial al este, en lugar de hacerlo al sur como es costumbre para aprovechar más eficientemente el recorrido del sol. Desde la puerta de doble hoja y la breve escalinata descendía un ancho camino de grava blanca que acababa cien metros más abajo en el alto portalón de hierro de la entrada. Veo a Federico que baja por el camino sonriendo, cruza la puerta, nos damos un abrazo y me pide que lo acompañe, que quiere mostrarme una cosa. Cruzamos la estrecha carretera sin señalizar y nos sentamos en una pequeña loma. Siento por dentro un cálido bienestar provocado por su presencia y sé que la sensación es compartida. A nuestros pies sobresalen escalonados unos bancales y terrazas semicirculares de tierra calcárea entre cuyos secos terrones asoman desperdigados hierbas y matorros. Señala con la mano la pendiente aterrazada y me asegura que algún día comprará esas tierras para poder sembrar una huerta. No digo nada pero tras unos segundos de denso silencio estallo y rompo a llorar incontinentemente como quien no ha vertido una lágrima en veinte años aun habiéndolo deseado, como si mis ojos fueran las compuertas abiertas de una presa alzada contra el curso natural de las aguas del cielo; lloro y lloro desgarrado porque me doy cuenta de que no sabe que está muerto y que nunca podrá llevar a cabo su sueño, y me ahoga la impotencia. Y lloro también de alegría aunque parezca imposible, porque me parece un milagro estar llorando, como si el llanto fuera cosa de los vivos y hubiera dejado de estar seco por dentro... Federico vuelve la cara hacia mí y sin palabras, sin sorpresa ni extrañeza, me pregunta solo con la mirada bondadosa la razón de este estallido. Con la voz aún entrecortada, sin querer dejar traslucir por nada del mundo la razón verdadera, le aseguro entre sollozos que sí, que «¡una huerta es la cosa más bonita del mundo!», como si imaginarme esa hermosura evidente hubiera bastado para arrebatarme y hacerme llorar de esa manera. Vuelvo la mirada hacia abajo con los ojos llenos de lágrimas y ahí está, ahí está la huerta que él ve en su sueño, hermosa como todas las huer-

tas, henchida de verdor y exhalando esa paz que respiran las huertas cultivadas con atención y cuidado. Nos levantamos y empieza a hablarme de dos tesoros, de los años que hace... pero empiezo a perder su voz, hay ruido de fondo, distorsión, no le entiendo... Se acerca un chico joven y Federico me pregunta si me acuerdo de él. «Levemente», contesto, lo abrazo y pasamos los tres al interior de una cueva. Allí, en la gruta que hace de sala nos colocamos en una fila ya formada por cientos de personas vestidas con un sayal gris y nos adentramos en silencio en las entrañas de la montaña a través de un interminable pasadizo horadado en la roca.

De vez en cuando una de esas personas se detiene y se introduce en una celda cerrando la pesada puerta de hierro y madera tras de sí. Los demás seguimos adelante con la sensación siempre presente de que el camino no ha hecho más que empezar y que nadie sabe cuánto va a durar, si meses, años o siglos. Parece que estuviéramos en la Edad Media y el viaje se presentara peligroso e incierto.

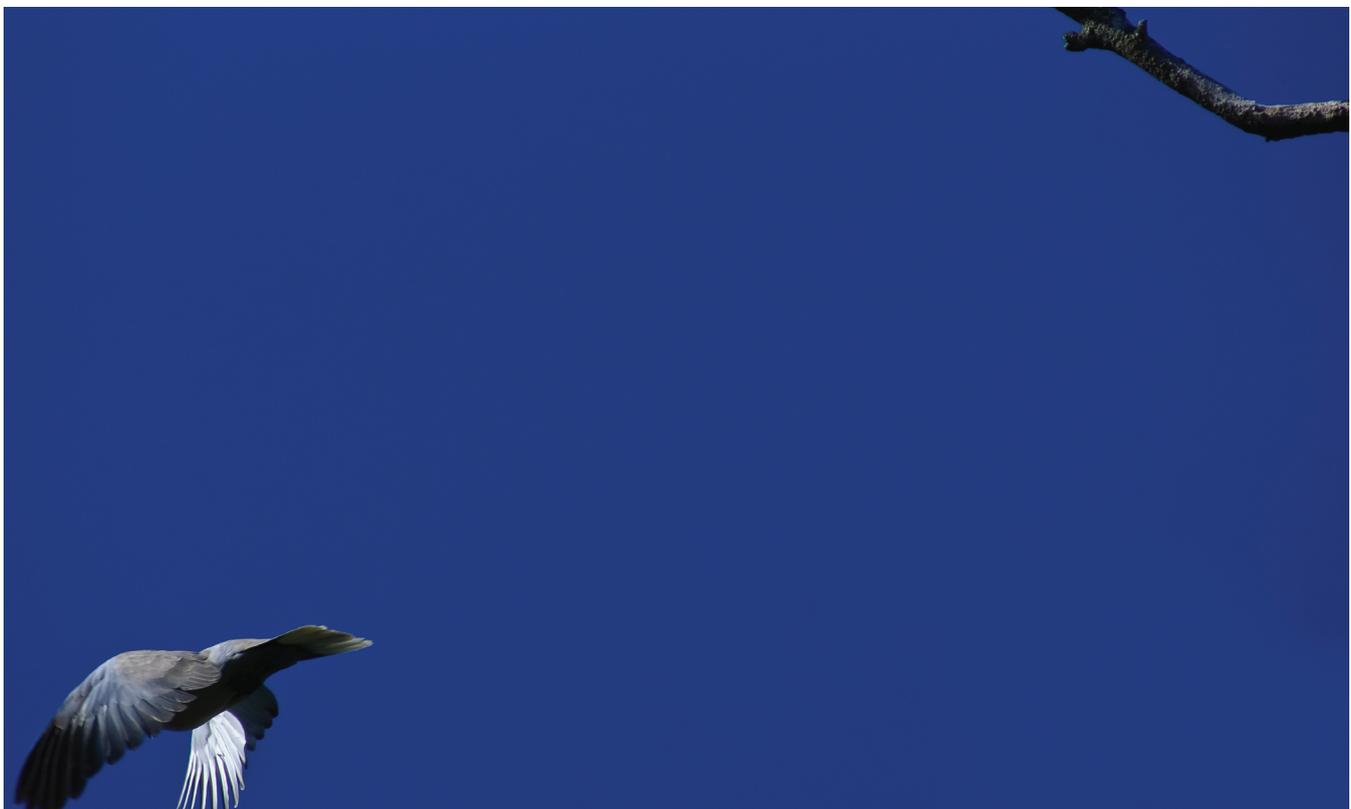
Aseguraba San Agustín que no comprenderíamos si no creíamos, y yo, sin porfiar por lo que creo, por lo que he vivido y por lo que sueño, comprendo con él que vemos *per speculum et in aenigmate* y que en el fondo de esa enigmaticidad todo es posible porque todo lo desconocemos.

Cuando desperté no había ningún monstruo pero lo soñado me pareció tan real y extraordinario que recordando a la mariposa de Zhuang Zi me pregunté seriamente si no estaría soñando que había despertado, si no seguiría soñando durmiendo.

¡Hasta la vista, Fede!

Notas

1. <<http://www.fundacionginer.org/boletin/boletin.htm>>
2. <http://www.tremedica.org/panacea/IndiceGeneral/n20_entremes_romero.pdf>
3. <http://www.tremedica.org/panacea/IndiceGeneral/n_21-22_revisitilo_Romero.pdf>
4. Tascón, Mario (dir.) (2012): *Escribir en internet. Guía para los nuevos medios y las redes sociales*. Madrid: Galaxia Gutenberg.
5. <http://www.ree.es/sala_prensa/web/inc/fichero.aspx?ruta=revista/pdf&fichero=stirk9xdaal.pdf>
6. <http://www.ree.es/sala_prensa/web/inc/fichero.aspx?ruta=revista/pdf&fichero=b4txkogqilf7.pdf>
7. <http://www.ree.es/sala_prensa/web/inc/fichero.aspx?ruta=revista/pdf&fichero=hzf5b4f5vywj.pdf>
8. <<http://www.revistaentrelineas.es/18/entretemas/reportajes/el-oficio-de-difundir-el-espanol-por-el-mundo>>
9. <<http://www.revistaentrelineas.es/entretemas/las-piedras-del-espanol>>
10. <<http://www.revistaentrelineas.es/26/entretemas/pero-que-le-estais-haciendo-a-mis-palabras>>
11. <<http://trans-ar.com/cristinalia/index.html>>
12. <<http://www.martinezdesousa.net/Pepealia/index.html>>
13. <<http://www.angelfire.com/pa5/apuntes2/barb05cro2.html>>
14. <<http://www.angelfire.com/ma/apuntes/gmz05.html>>
15. <<http://www.flickr.com/photos/21421210@N04/>>



«... y dile que no se entristezca, que estoy vivo en su corazón» © César Espinel del Castillo, 2012.